Calama Zombi

El Oasis de los Olvidados

Sofía Ramos Wong

AUREA
EDICIONES

©Calama Zombi - El Oasis de los Olvidados
Sello: Soyuz
Primera edición: Mayo 2021

Sofía Ramos Wong

Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
@aureaediciones1
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6183-00-6
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2022-A-2251

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Dedicado a Calama, Chuquicamata y su valiosa gente.

Hello darkness, my old friend…
I´ve come to talk to you again.
Simon and Garfunkel —The Sound of Silence

Dupont

Nunca había visto llover tan intenso en la zona. El espectáculo le pareció novedoso y el efecto de las luces de su camión atravesando las gotas era algo que disfrutaba. El brillo a la salida sur de Calama le avisaba que venía un vehículo en sentido contrario. Debía apurarse en adelantar al camión que llevaba como carga bencina, de lo contrario se encontrarían de frente con el otro.

Tenía dos horas de adelanto. Eso le permitiría pasar a ver a su esposa en Antofagasta una vez terminado el trabajo. No había tenido noticias de ella desde que las comunicaciones se cayeron el día anterior. Debía llegar al puerto, descargar y esperar el próximo destino en casa.

Conocía ese enorme camión como la palma de su mano, sabía todo sobre su motor, transmisión y capacidad de carga. El esfuerzo de comprarlo había valido la pena. Lo había adornado con calcomanías alusivas a la "U" de Chile, fotos de la familia y chucherías brillantes.

Cuando vio a los misteriosos caminantes en la vía del sector Dupont, supo que no tendría tiempo de esquivarlos. Aun así, apretó el pedal del freno hasta el fondo. Las ruedas chillaron sobre el asfalto, la fricción generó una humareda inmensa. Intentó mantener el control, sujetando con fuerza el manubrio, pero la inercia de la carga lo hizo patinar y luego volcar, arrasando con todo a su paso, incluidas a las personas que pretendía salvar. La mezcla de olores a goma quemada, metales y petróleo, era insoportable.

El enorme vehículo quedó atravesado en la ruta. Su chofer peleando por mantenerse consciente. Enfocó su mirada y vio al mismo camión que había adelantado kilómetros antes, ir directo a su encuentro. Alcanzó a poner los brazos sobre su rostro, un acto reflejo, luego sobrevino una maraña confusa de ruido y movimiento. Lo último que sintió fue dolor, calor y rabia.

El impacto de las dos masas metálicas se escuchó a un radio de doscientos metros e hizo estallar en llamas el tanque de bencina del camión que lo acababa de chocar. Una nube de espeso humo negro se elevó con rapidez a los cielos. El fuego se esparció siguiendo la línea del combustible derramado. Un neumático rodó encendido hacia la pampa.

Dos camionetas rojas, que viajaban hacia una minera, se detuvieron para ir en ayuda de los heridos. No quedaba qué salvar. En dirección norte y sur los vehículos comenzaron a atochar la doble vía de la ruta 25. El hipnótico color del fuego y el sonido de los fierros al retorcerse alimentaron el morbo de quienes estaban en primera fila, lo cual les impidió a los espectadores escuchar los sigilosos pasos de quienes se abalanzaron sobre ellos para arrebatarles la vida a mordiscos.

Sangre en la luna

Liselotte Martínez se dirigió hacia la cocina y se preparó un té para calmar la tristeza. Aún le dolía la mejilla producto del golpe que su madre le había propinado. Era probable que le quedara un moretón. Tomó un cuchillo mantequillero y con pasos lentos caminó al baño. A un lado del inodoro, llorando con amargura, en silencio, dejó caer su delgado cuerpo. Extrañaba a su padre, su calor, su aroma a alcohol y tabaco. Ahora estaba sola, sin nadie que la pudiese defender. Se levantó y se acercó al espejo. Observó su melena castaña desordenada, sus ojos brillosos, inyectados en sangre rodeados por un halo violáceo bajo la cuenca ocular. Nunca se había visto así de mal.

Su mirada era siempre triste. Desde pequeña había optado por salir de la casa para evitar las peleas de sus padres, buscaba trabajos que la mantuviesen ocupada durante sus ratos libres, lo cual le permitía llevar dinero al hogar y evitar las palizas. En ocasiones tenía que salir en busca de su padre, quien frecuentaba las salas de cerveza de Balmaceda, quien en más de una ocasión fue expulsado por su estado etílico.

Tenía rabia, se sentía decepcionada de la vida. ¿Qué había de bueno en ella? Desde niña tuvo que aprender a sobrevivir. El amor que conocía se sentía en la piel y dejaba marcas, la escuela era una excusa para escapar. Ella misma había ido a matricularse, aunque no tenía interés en aprender.

Sacó el cuchillo y con cuidado lo llevó a su rostro, procurando mantener el filo de espalda, marcando tres cruces por encima del moretón en su mejilla. Era una de las pocas cosas que recordaba de su abuela. Cuando caía y se lastimaba, la anciana hacía lo mismo. Era su secreto para aliviar el malestar.

Cuando salió del baño, la luz del dormitorio de su madre estaba apagada. Se recostó sobre la cama de su pieza aún vestida, cubriéndose con una manta de polar comprada en los chinos e intentó dormir. Afuera, la mayor parte de las casas de la villa Transportista aún permanecían con las luces encendidas.

El reloj marcó las cinco de la madrugada, abrió los ojos por instinto. La luz de su lámpara encendida le impedía el correcto descanso. Se acomodó para volver a recuperar el sueño, pero no pudo. Se levantó de la cama, cogió su abrigo, su bolso y salió de la casa para caminar por calle Tocopilla hasta el cruce con Ralún, se internó unos metros en una parcela atravesando

el cierre de alambres y se sentó en la tierra. La lluvia al fin había parado. Caminar hasta allí era una rutina que duraba hasta antes del amanecer. Sacó un cigarro y lo encendió con un Zippo que había sustraído en un puesto de la última Feria de la Provincia El Loa, y con una gran bocanada tragó el humo hasta sentir cómo ocurría el intercambio gaseoso en su cuerpo de diecisiete años. Con la misma fuerza botó por la boca el remanente mientras observaba el cielo. La luna aún brindaba tímidos rayos. Las nubes rojizas daban un aspecto tenebroso al desierto. Había presenciado silencios y colores crepusculares en los últimos años, pero nunca había visto aquella acuarela. Era como si los trazos hubiesen sido hechos por una mano divina. Por entremedio de la obra de arte celestial, una profunda voz la llamaba y la invitaba a ser partícipe, hipnotizándola en un vórtice ajeno al tiempo. La luna parecía estar manchada con sangre. No supo cuántas horas pasaron. Volvió en sí al momento de recibir el primer rayo de sol en la cara, como una mano intentando noquearla. Su teléfono marcaba las 06:43 a. m. Se vio envuelta en un terrible sentimiento. Su madre despertaría en diez minutos. Si no la encontraba en su cama, estaría en problemas. Se levantó con movimientos atarantados, sacudiendo de su pantalón la tierra que quedó suspendida en el aire, provocándole una compulsiva tos.

Levantó la mirada. Unos sujetos venían caminando desde las parcelas a paso lento, descoordinado. Tener el sol en frente no le permitió distinguir detalles. Temiendo que se tratara de borrachos saliendo de una noche de juerga, se apuró en salir del predio. Ingresó a su hogar dejando las zapatillas en la calle para hacer el menor ruido posible. Sin quitarse la ropa, se volvió a tirar en la cama, cerró los ojos y se internó en una inusual pesadilla, en la cual miles de hombres y mujeres atacaban la ciudad guiados por una fuerza sobrenatural que emanaba desde los cielos. Entremedio de la oleada de muerte y polvo de la finca San Juan, divisó una silueta humanoide; una haraposa capucha caía por su espalda y le cubría el rostro por completo, su gelatinoso cuerpo estaba formado por cientos de bocas que gritaban y se movían gracias a las decenas de tentáculos que ondulaban dichosos de husmear carne sangrante. Un halo amarillo envolvía a la tétrica figura mientras avanzaba entre las huestes pestilentes, acariciando a cada devorador.

Despertó agitada y sudorosa. Le pareció haber dormido una eternidad. Revisó el teléfono y escuchó la gruesa voz de

su madre, que le ordenaba levantarse para desayunar. Dio un suspiro y caminó hacia el baño, manteniendo en su cabeza el sueño: ella, sin control sobre su cuerpo, mordiendo a un perro de la calle. La urgencia por saciar su hambre. Quiso borrar el recuerdo, pero le fue imposible. Se sentó a la mesa y sintió el golpe de su madre en la cabeza ante su negativa a comer. Tenía náuseas. Esperó a que se fuera al trabajo para volver a recostarse.

Leche amarga

Florencia salió del baño y reprendió a su hermano, David. El pequeño se sentó fuera de la puerta y comenzó a golpearla apenas la muchacha entró. Desde que despertaron había intentado contarle su sueño, pero su hermana no tenía ánimos de escucharla. Había discutido con su madre por no levantarse a tiempo. Una mañana malhumorada, igual que siempre mientras se preparaba para ir al colegio. Durante el desayuno su madre les dijo que después del colegio irían donde la tía Canela mientras ella realizaba unos trámites. A Florencia no le gustaba salir de casa, prefería quedare sola cuidando a su hermano que ir a otro lugar, en su pieza tenía lo que necesitaba: libros, su tableta de dibujo, plumones, galletas y jugos en caja. Lo suficiente para sobrevivir al apocalipsis, según ella.

Cuando el reloj marcó las 07:51 a. m., dejó el pan a medio comer y la leche con chocolate casi completa. Apenas la probó le sintió un sabor extraño. David a su lado bromeaba que era porque tenía gusanos en su boca, recibiendo una patada bajo la mesa. Su madre abrió otra caja de leche, pero el sabor fue el mismo: metálico y amargo. Sin más tiempo se dirigió a su habitación, se colocó la enorme chaqueta que había pertenecido a su padre y pasó al baño a lavarse los dientes. Su hermano llegó para lo mismo. Ambos se miraban al espejo mientras batían el cepillo de un lado a otro.

—¿Sabes qué soñé? —preguntó David.

—No, y no me interesa —respondió Florencia.

Terminaron y la chiquilla aprovechó los últimos minutos antes de salir para delinear sus ojos. Lo había estado haciendo desde hacía poco. Acomodó su cabello y luego subió al auto, donde ya estaba su hermano.

—Mamá, ayer soñé con el Gunther. Estaba vivo y un caballero con una máscara en su cara lo paseaba por la calle —comentó el pequeño desde el asiento trasero.

—¿Y cómo estaba? —dijo su madre sin quitar la vista de la calle.

— Parecía triste. Lo obligaban a caminar y no quería. Quizá me extraña…

—Davi, apenas jugabas con él. No vengas a hacerte la *vístima* —interrumpió Florencia.

—Pero lo quería mucho y me dio pena cuando se murió.

—Cuando se sueña con alguien que se ha ido, es porque esa persona o perrito te extraña y quiere que lo vayan a ver. Deben salir al patio y sentir su presencia. Podrías dejarle un obsequio —dijo su madre con dulzura.

David miró por la ventana. Florencia, en el asiento delantero, volteó para verlo de reojo. A pesar de la molestia matutina, sabía que algo aquejaba a su hermano. Con disimulo pasó su brazo por los asientos y dejó que el pequeño alcanzara su mano. Ambos sonrieron. Pero Florencia se quedó con un sabor amargo en su boca. Para cuando llegaron al colegio, se sentía culpable por no haber escuchado a su hermano.

La tronadura de las nueve

Mario Duarte puso su tarjeta en el identificador justo a las siete y media de la mañana. El bolso en su espalda, que contenía su *laptop* con valiosa información, pesaba más que de costumbre. Ajustó los tirantes, acomodó el cuello de su chaqueta, procurando que el logo de la empresa se apreciara bien, y caminó hacia su escritorio. En unas cuantas horas irían hacia Chuquicamata y quería ir lo más ligero posible. Nunca conoció el poblado, tampoco tuvo la intención, solo en el último tiempo y luego de escuchar a sus compañeros de trabajo hablar, habían nacido sus ganas de ir. En su natal Santiago, aquel nombre se asociaba solo a la minera de cobre a tajo abierto más grande del mundo. Una vez en su cubículo encendió el computador, y mientras esperaba para entrar al sistema, sacó dos pastillas de la mochila: Naproxeno, un antiinflamatorio y una cápsula de guaraná. Necesitaba energía para comenzar una nueva jornada en aquella zona que despreciaba con todo su corazón. Encontraba a Calama feo y trataba de enfermos a todos quienes se atrevían a vivir allí. Nadie en su sano juicio querría envejecer en esa ciudad, pensaba.

Diez minutos después escuchó una voz conocida. Levantó la cabeza y observó a Grimaldo Solís, robusto y barbón, escondiendo la sobresaliente panza en una ancha chaqueta talla L, saludando al personal con alegría. El geólogo recién llegado, a diferencia de Mario, era un ferviente calameño que vivió gran parte de su vida en el mítico campamento que había albergado a más de diez mil familias en sus casi noventa y dos años de existencia, y recorrido sus calles desde su niñez hasta los primeros años en la universidad. Se vanagloriaba de ser un hijo del desierto y conocer lo que quedaba de Chuqui casi de memoria. Caminaba con soltura, contento de poder ir a visitar el campamento.

Se saludaron estrechando las manos. Mario le comentó sobre la posibilidad de traslado hacia las oficinas centrales en Santiago. El turno de cuatro días de trabajo y tres de descanso que llevaba desde hace cuatro años lo agobiaba, hacía mucho que no estaba presente durante las fechas importantes de su familia. Su hija estaba creciendo en su ausencia y muchos momentos preciados quedaron registrados a la distancia en los pixeles en su computador. También asumía que su esposa lo

engañaba, pero no estaba listo para comprobarlo. Era el destino de quienes optaban por trabajar en minería, superponiendo la compensación económica a la vida personal. Durante los días libres que se avecinaban y aprovechando que el descanso de ese turno coincidía con el aniversario de su matrimonio, quería recuperar el romance que había caracterizado los primeros años.

Poco a poco sus colegas y compañeros de trabajo comenzaron a aparecer en la oficina de exploraciones de la división. Entre ellos el viejo Erazo, el más veterano de los geólogos de exploración, un hombre de pronunciada barriga y lento andar que se pasaba la vida haciendo trampas en los exámenes clínicos ocupacionales. Sabía a la perfección las fechas en que los tomaban, y semanas antes comenzaba un régimen a base de un cóctel de medicamentos para bajar el colesterol, el azúcar en la sangre y la presión. Él no iba a renunciar a los fines de semana de asados y alcohol, pero tampoco estaba dispuesto a dejar ese puesto y ese sueldo. Luego entró Mónica Gorrión, una morena de casi dos metros de altura, oriunda de las lejanas tierras de La Guaira, Venezuela, delgada y curvilínea, caminando a paso lento, cargando su mochila como si estuviese modelando los zapatos de seguridad. Su acento cautivaba a la mayor parte de sus compañeros de trabajo y a uno que otro supervisor, la mayoría, sin embargo, temían acercarse por su abultado currículum laboral. La mujer lo sabía y no le preocupaba. Ella estaba en ese lugar para demostrar sus conocimientos y adquirir la experticia necesaria para continuar abriéndose camino en un campo masculino, con la esperanza de algún día ocupar un sitial como supervisor.

—¿Vieron cómo está el cielo hoy? Nunca había visto ese color rojo por la mañana. Parece un atardecer —comentó Mónica.

—Puede ser el efecto de un frente de presión alta con dirección al oriente. Lindo espectáculo. Cuando era chico los veía algunas veces, camino al colegio —replicó Grimaldo, a quien le gustaba atraer la atención de Mónica. Hacía alarde con elocuencia de su capacidad de guía turístico, narrándole las historias de su niñez en el campamento y las peripecias vividas en el lugar.

A pesar del entusiasmo, ir a Chuquicamata a Grimaldo le causaba un sabor amargo: el lugar que lo vio crecer estaba cubierto de tierra, en ruinas, rodeado de enormes montículos de tierra con residuos minerales destinados al relave, llamadas

tortas. Sacó su móvil y verificó tener memoria suficiente para guardar las fotos que tenía pensado sacar. Observó la esquina superior del aparato, aún no tenía señal. Maldijo al aire. Había comprado el teléfono de la manzana en un arrebato que le costó casi la mitad de un sueldo, pero el aparato tenía la mejor tecnología para grabar videos y realizar fotografías en 4K, gracias a sus tres lentes. La mujer también manifestó la falta de señal. Asumió que era una caída global.

Mario, aunque lucía tranquilo, deseaba también que la señal llegara pronto para poder llamar a su esposa y sorprenderla con una videollamada.

El inicio de la jornada era una rutina. Comenzar a bajar la información recopilada el día anterior por las tronaduras de explotación. Cargar los datos de exploración era más lento, los sondajes y el modelado 3D utilizaban mucha más memoria. Grimaldo se dirigió a la cocina y, como era habitual, preparó café para él y sus tres colegas. El frasco de vidrio con la etiqueta gastada de Juan Valdez permanecía en ese lugar por meses, aun cuando el contenido original ya no existía y fuese rellenado sucesivas veces.

Mario tenía el sabor del café en el paladar y cada mañana gruñía, reclamando que eso no era más que un pobre sucedáneo en polvo. La verdad era que a los cuatro se les olvidaba comprar el original y adquirían una lata en cualquier negocio cercano a sus domicilios. Era cosa de cumplir.

Las radios comenzaron a sonar. "QUF. QUF. Repito. QUF. Choque de camión con camioneta. ¡Tenemos heridos de gravedad!". Los tres cruzaron miradas. Los *walkie-talkies* junto al radiotransmisor habían estado en ese lugar desde siempre, pero nunca los habían escuchado. El sonido particular del chirrido al terminar la comunicación antecedió al silencio. No pasaron treinta segundos, cuando el altoparlante volvió a activarse: "QRZ, QRZ. Repito. QRZ. Esto es una emergencia". Grimaldo, quien tenía más experiencia en campo, conocía aquella sigla. Tomó su teléfono para buscar información, pero aún continuaba sin señal. Maldijo mientras se levantaba de su estación y corría para responder.

—Unidad de exploraciones MH. Cambio —habló Grimaldo con voz solemne.

—*Estoy llamando desde la Puerta 1. Tenemos una emergencia. Un camión chocó a una camioneta y necesitamos ayuda para tras-*

ladar a los heridos. Cambio —respondió el hombre desde el otro lado, con notoria agitación.

—Compadre. ¿No ha llamado a salud de su división? ¿Al poli? ¿Seguridad? Cambio.

—*Nadie responde. Las líneas están muertas. He estado buscando en las distintas frecuencias. Necesitamos alternativas de traslado. Cambio.*

Mario cruzó miradas con el viejo Erazo, que permanecía apoyado en el marco de la puerta con las manos en los bolsillos.

—Ni se te ocurra, hueón. Eso no está dentro de nuestras funciones, además, estamos a la cresta —habló el viejo Erazo dirigiéndose a Grimaldo, quien estaba pensando en tomar una de las camionetas y dirigirse a enfrentar la situación. Ya lo había planificado en esa fracción de segundos. Se sentía responsable de lo que ocurriera dentro de lo que llamaba "su territorio", aunque no tuviese autoridad dentro de la mina y mucho menos frente a ese hombre que, si bien no lo superaba en rango, era respetado por la edad.

Mónica insistió en encontrar algún lugar en donde tuviese cobertura para su teléfono, pero no había caso. Los computadores de la oficina solo tenían acceso a la intranet. Los habían bloqueado años atrás, desde que los trabajadores comenzaron a ingresar a las redes sociales con más frecuencia, disminuyendo la productividad hora-hombre.

Mario se sentó en su estación y abrió una ventana de correo. Buscó en el directorio el anexo correcto, correspondiente a seguridad y a salud, luego redactó un breve párrafo indicando lo ocurrido.

—Esos hueones no contestan los teléfonos, menos van a leer un *mail* —espetó el viejo Erazo.

—Al menos hago algo —respondió Mario.

—Hay que ir a buscar a alguien. No podemos dejar que esos hombres se mueran allá en el patio —exclamó Mónica.

Grimaldo, haciendo gala de su pachorra y como una forma de impresionar a la dama, indicó por radio que él iba a ir a prestar ayuda. Solicitó la ubicación exacta y cogió su chaqueta para dirigirse a la camioneta. Mónica se le unió. Ambos hicieron gestos con los ojos a sus dos compañeros. El viejo Erazo rechazó al vuelo, volvió a su estación y comenzó a teclear fuerte. Mario se debatía entre curiosidad y miedo, no tenía mucho tiempo. Tomó una de las cuatro radios de la consola y los tres

salieron en dirección a las camionetas estacionadas afuera del recinto.

—Imbéciles —bufó el viejo Erazo al verlos partir.

Cruzaron el portón. Antes de salir del galpón, un estruendo los ensordeció, se escuchaba como si miles de trompetas sonaran todas al mismo tiempo. Los tres apresurados trabajadores llevaron sus manos a los oídos, al igual que los que se encontraban a la intemperie. Luego vino un violento remezón que sacudió la montaña e hizo perder el equilibrio a quienes caminaban. Se sintió como una tronadura, de aquellas que tienen como finalidad arrancar el mineral desde el macizo rocoso. Grimaldo vio la hora en su teléfono y consideró difícil la posibilidad.

El abochornado clima calameño pronto comenzó a enfriarse. Nubes rojizas se amontonaban una tras otra, formando una alfombra abultada en la bóveda celestial, que invitaba a perderse en sus tonalidades. El viento característico del invierno se hizo presente, causando un extraño escalofrío en los improvisados rescatistas.

El radio volvió a sonar. "¡Tenemos un derrumbe en la mina! ¡Repito! ¡Derrumbe en la mina!". Los tres compañeros de trabajo cruzaron sus miradas. La valentía en los ojos de Grimaldo se había convertido en incredulidad. Mario insistió en ir primero al patio en busca de los heridos del accidente, idea que fue secundada por Mónica.

Una extraña y suave llovizna se dejó caer en el desierto, cubriendo con las pequeñas gotas cada milímetro del parabrisas de la camioneta. Los escasos kilómetros hasta la entrada del campamento se hicieron eternos. Mónica, sentada como copiloto, mantenía su vista en la tierra. No comprendía el fenómeno natural al cual se estaba enfrentando. Mario, por su parte, tenía su mirada fija hacia el norte.

—Antes había hartas animitas. El camino antiguo de Calama a Chuqui era una escalera al cielo y pasaba por la "Eme Eme", pero luego de las primeras explotaciones desviaron el camino e hicieron este. Te hablo de años luz atrás —comentó Grimaldo.

—¿Eme Eme? —preguntó Mónica.

—Esto lo conocían como la Mansa Mina, se suponía que era una mega veta de cobre y la iban a trabajar de manera subterránea, como lo hace Chuquicamata en este momento, pero luego se dieron cuenta de que no estaban tan profundo como